

# Rosa de Poesía



QUE no me tiemble la voz,  
Que mi vista no se empañe.  
Voy a cantar la desgracia  
de Severa Villafañe

Como arbolito que muere,  
como flor que se deshoja  
fué la suerte de esa niña  
en la ciudad de La Rioja.

En casa de unos parientes  
se albergó por caridad  
cuando, con sus dos hermanas,  
la castigó la orfandad.

Sobresaliendo entre todas  
lucía su doncelez.  
Era la más donosita  
y la menor de las tres.

Quien la veía, miraba  
una manzana en salud.  
Como azucena del valle  
alumbraba su virtud.

Su florida edad se abría  
como capullo en botón.  
Era humilde con los pobres,  
piadosa de corazón.

Gustaba encontrar solaz  
en aquellas horas quietas  
cuidando sus pajaritos  
o regando las macetas.

O pulsando la guitarra  
de notas bien argentinas,  
al pie de alguna morena  
bajo el parral de glicinas.

A medida que salían  
las notas que iba arrancando,  
quedaba entre los presentes  
un sentimiento flotando.

Y en el aire ese temblor  
con que las tardes inunda  
la zamba ceremoniosa,  
la vidalita profunda.

PERO, para su desgracia,  
empezaron sus dolores  
cuando el general Quiroga  
la fué a requerir de amores.

Con firmeza resistió,  
con valor sufrió el asedio.  
Todos la dejan de lado.  
En nadie encuentra remedio.

Eran el día y la noche.  
Esa pasión era igual

## La desgracia de Severa Villafañe

LEON BENAROS, alta figura de la poesía argentina, ha publicado "Romances de la tierra" y "Pájaros errantes", una bellísima antología sobre los pájaros de América.

que un tigre que se cebara  
en un cordera pasenal.

Una vez, con pasaporte  
debe sentirse quiroguistas,  
para robar a la Severa  
se disponen tres llanistas.

Quiéren —sordos al respeto  
que esa niña se merece—  
asegurarle a Quiroga  
el bocado que apetece.

Y con torcida intención,  
en la noche más cerrada,  
besos cobardes sin hiel  
le tienden una celada.

Allá va la Severita,  
allá va ese cuerpo hermoso,  
entre azahares y guindos,  
a sacar agua del pozo.

Ya le salen al encuentro.  
Ya su crimen apresuran.  
La toman de las espaldas.  
De los brazos la aseguran.

Sin su gusto huyen, al fin,  
esos miserables seres,  
toreados por algún perro,  
corridos por las mujeres.

Mas no por eso Quiroga  
en sus pretensiones cede.  
Ni renuncia a la paloma  
ni de perseguirla deja.

Va consumiéndose a la hermosa  
desgracia tan lastimera.

Ya no pueden ni llorar  
los ojos de la Severa.

ASAN días, pasan años  
y más su penuria crece.  
Tiene parientes y amigos  
y nadie la favorece.

Tiene un tío general  
que puede vender hombría,  
Tiene allegados, la pobre,  
que miran tanta herejía.

Parece como si el miedo  
sangre y valor les helara.  
Nadie por esa infeliz  
se atreve a sacar la cara.

No hay quien le tienda la mano  
en esas horas inciertas.  
A la iglesia se dirige  
y halla cerradas las puertas.

Huye, al fin, a Catamarca,  
más triste que un cementerio.  
Buscando la ansiada paz  
va a encerrarse en un beaterio.

Allí encuentra asilo, lejos  
del mundo y sus desengaños.  
En rezos y penitencias  
se le pasaron dos años.

De sus amores de niña,  
de sus días placenteros  
viene a despertar memorias  
al pie de unos limoneros.

Y busca por compañía

su corazón de beleño,  
las estrellas temblorosas  
del cielo catamarqueño

O con lágrimas serenas  
llora en silencio su daño,  
cuando no en el locutorio,  
sentadita en un escaño.

Cae un día ese Quiroga,  
llama con golpes de estilo  
y, pegando cuatro gritos,  
manda que se abra el asilo.

No tolera negativas  
ni clase alguna de excusas.  
Ordena a la superiora  
que presente las reclusas.

P OBRECITA la Severa,  
pobre paloma de gracia!  
Hasta allí la persiguió  
la estrella de su desgracia!

Reconociendo al causante  
de su destino maldito,  
en ese mismo lugar  
se desplomó dando un grito.

Y como golpe final  
a un deshecho corazón,  
no acabó de recobrarse  
cuando perdió la razón.

Causaba entre las novicias  
un extraño sentimiento  
verla doblar por difuntos  
la campana del convento.

Ya no fué más que una sombra.  
Habrán ajado los años  
sus grandes ojos oscuros  
y sus cabellos castaños.

Mas no todo perdería  
de su belleza primera  
esa pobrecita loca,  
tan alhajita como era!

Pensemos, para consuelo,  
que Dios dispuso, clemente,  
recibir en las alturas  
el alma de esa inocente.

Y que al fin de sus trabajos,  
en el cielo mereció  
esa suspirada paz  
que la tierra le negó.

Aquí termino, señores,  
esta historia verdadera.  
Ya conocen vida y muerte  
de la que fué la Severa.

por  
León Benarós

MELLADO TEILLER RUBIO LIHN

FERRERO ARTECHE CASTRO

STEPHAN HERMLIN

**N**UESTRA revista publica por primera vez en castellano versos del grande y joven poeta alemán Stephan Hermlin. Premio Nacional de Literatura en su patria, constituye con Anna Soghera, Berthold Brecht, Bodo Uhse, Kuba, Johannes Becher, la alta expresión de la resurgente literatura en la República Democrática Alemana. A esta alta conciencia europea le tocó vivir, apenas adolescente, el infierno hitleriano y rebelarse, sufriendo en sí mismo y en su familia los más crueles padecimientos.

EL RECUERDO  
I  
TERZINE

Las palabras esperan. No las pronuncia nadie:  
un puñado de noche sobre sus párpados,  
Sus cabellos entibian el nido del ratón invernal.  
De su lentitud está hecho mi sueño,  
De su limitación mi largo día  
El techo del viento cubre las golondrinas.  
Pero ellos están solos en el cauce del tiempo.  
Los relojes aniquilan sus nombres,  
Legado, promesa y monumento sin consagrar...  
La lluvia lava una palabra y otra de las placas recordatorias  
Resbala sobre Plotzensee y el Monte Valeriano.  
En la mano del viento del Norte duermen las golondrinas.  
Veo aún mientras de pie yo espero en las tinieblas  
Sus azules miradas, sus manos y su aliento,  
Las tardes de oro tibias como el té.  
La valentía que se comportaba  
Como si la semana próxima fuera todo seguro,  
La ciudad agitada por misteriosas banderas.  
Banderas desgarradas por el viento futuro.  
Marchaban sofocados por sus canciones.  
Ahora su carne se disgrega bajo las mordeduras de las ratas.  
Seis pies bajo la tierra en la euforia de la espera,  
Cuando las columnas de la lluvia se inclinan sobre ellos  
Sólo el descenso de las golondrinas no los olvidó nunca.  
A ellos que se desplazan lentamente bajo las avalanchas.

II  
LAS CENIZAS DE BIRKENAU

Fácil como el viento tardío, como la frescura,  
como la ruta de las golondrinas antes de la lluvia,  
como las nubes después del calor desaparecido,  
como el polen del leontodon  
fácil como la nieve sobre los párpados de los muertos,  
como una vieja ronda de niños,  
como el peso de la mariposa en la escarleta  
boca del clavel, fácil como un  
plato para que coman los enfermos  
cuando comienzan a morir, así de fácil es el olvido,  
como la frescura y el viento tardío.  
Donde día y noche se entrelazan,  
la herrumbre corroe los rieles,  
están las cenizas de los Justos, de los No-Vengados,  
alzados en el mástil de los vientos.

Birkenau, Birkenau sin abedules,  
en la noche está sola,  
mientras los cardos tejen  
cifras sobre la piedra.  
Cuando en las campañas polacas  
el cardo del Sur palidecía  
la tierra bajo mis suelas  
me decía "Recuérdate".

Pesado como el hierro en la montaña  
como el silencio antes de la decisión,  
como la caída del árbol sobre los senderos brumosos,  
como sobre nuestros labios el hollín  
de los que eran quemados,  
pesado como el último Adiós.  
Aquellos que llevaban a las Cámaras de Gas  
estaban llenos de vida,  
amaban el amanecer,  
el canto de los tordos, eran jóvenes.  
Pesado como el empuje de las nubes ante la tempestad  
es el recuerdo.

Pero los que recuerdan  
están allí, son muchos, se están acrecentando.  
Ningún asesino escapará,  
ninguna bruma caerá sobre él.  
Cuando se lance contra el hombre  
lo llevaremos contra el muro.  
Vuela la ceniza en el mundo  
como ceniza de sol férreo.  
Al viejo y al joven, a todos  
nos corresponderá un puñado  
de cenizas para golpear,  
pesadas como los recuerdos,  
fáciles como el olvido.

Aquellos que por millones  
dicen Paz  
expulsarán a los amos,  
harán fracasar a la muerte.  
Los que creen en la esperanza  
ven los abedules verdes  
vuela encima de las palomas  
vuela encima de las cenizas:  
canto de la muerte extinguido,  
que de pronto es igual a la vida:  
pesado como los recuerdos  
y fácil como el olvido.

Auschwitz-Birkenau, julio de 1949.  
TRADUCCION DE PABLO NERUDA

MARINA  
por Vinicius de Moraes

Vinicius de Moraes, uno de los más  
finos poetas del Brasil, nos envía este  
poema, advirtiéndonos que está escrito  
hace más de diez años. Lo dejamos sin  
traducirlo de la hermosa lengua portu-  
guesa para placer de nuestros lectores.

LEMBRAS-TE das pescarias  
Nas pedras das Tres-Marias  
Lembras-te, Marina?  
Nas navalhas dos mariscos  
Teus pés corriam ariscos  
Valente menina!

Crescia na beira-luz  
O papo dos baicucus  
Que pescávamos  
E nas vagas matutinas  
Chupávamos tangerinas  
E vagávamos...  
Thinhas uns peitinhos duros  
E teus beicinhos escuros  
Flauteavam valsas  
Valsas ilhoas! vadio  
Eu procurava, no frio  
De tuas calças  
E te adorava; sentia  
Theu cheiro a peixe, bebia  
Teu bafo de sal

FOR THE READER  
por Walter Lowenfels

I confided my hopes to more than trees,  
guardians of this night's summer hush;  
and through their branches, where small stars rush  
to far-off, blind, inhuman destinies.  
I gave no dreams. But still when you read these  
swift lines, and wonder what it is we touch  
on summer nights, perhaps even such  
a night as this, when earth's dark promise pleads:  
remember us, remember us —the night,  
the wind, the sky, the soil's sharp, husky tang—  
believe me, I gave nothing to any trees—  
false friends, out of mind, out of sight—  
but sensing them close, into my thought sprang  
only you and your living certainties.

WALTER LOWENFELS

WALTER LOWENFELS. Sobre este gran poeta norteamericano dice Aragón en "Les Lettres Francaises": "En junio de 1933, una noche... era una de esas noches calurosas del este de Pensilvania, en el campo, donde Lowenfels tenía una cabaña. Se había retirado allí, enfermo de un ataque cardíaco. Los hombres de la F. B. I. rodearon la casa y luego se precipitaron dentro. Se despertó bruscamente al enfermo, que se vistió rápido, se lo llevaron, lo secuestran. El automóvil recorre 50 kilómetros. En la madrugada se halla ante un tribunal, un tribunal a la hora del lechero, ante el cual comparecen también siete personas más, presuntos comunistas... Para su libertad se fijan 25.000 dólares de fianza. Será necesario que ese poeta enfermo del corazón encuentre —¿cómo hacerlo?— 25.000 dólares, siete millones y medio de francos. ¿Qué se le reprocha? Un poema y nada más que un poema, esas "Voces de mi Pueblo" —El Pueblo Norteamericano Pide la Paz—. El Smith Act es la base jurídica de su arresto, inculpa de "conspiración para enseñar y argumentar la necesidad de derrocar al gobierno por la fuerza y la violencia".

Todó por un poema y las cartas de gentes que creen en la paz, una madre cuyo hijo acaba de morir allá, en Corea, simplemente, simplemente citadas, republicadas de los periódicos, de periódicos legales, vendidos, gritados en las calles. Ningún abogado aceptó defender a este criminal".  
Llegue al gran Lowenfels la adhesión de "La Gaceta de Chile".  
El soneto de Walter Lowenfels es el primero de sus "Sonetos de amor y libertad", recientemente publicados por la "Blue Heron Press, Inc.", New York.  
Este magnífico soneto, en español, diría lo siguiente:  
"Confíe mis esperanzas a alguien más que los árboles, / guardianes del susurro de esta noche de estío / y a través de sus ramas donde pequeñas estrellas se apesquenan / a lejanismos, ciegos, destinos inhumanos / no de mis sueños. Pero aun cuando tu leas estas / volutas lineas / y te preguntes qué tocamos / en las noches de verano, tal vez en una / noche como ésta, cuando la oscura promesa de la tierra exige / recuérdanos, recuérdanos la noche / el viento, el cielo, el áspero, afilado olor del suelo / cuando, no al nada a ningún árbol / falso amigo fuera de sí, invisible / pero teniéndolos cerca de mí surgió en mi pensamiento / sólo tú y tu viviente cortidumbre.



Enrique Lihn. Nació en 1929. Miguel Arteche. Nació en 1925.

IN MOVIL  
por Enrique Lihn

DESPOJADO del día en que tú eras  
el apoyo del sueño, la colina  
para dormir sonriendo a mediodía,  
lecho mío y del cielo, despojado  
de tu mirada que, invisible, se mira,  
Oh, lúcida, soy otro, soy un angel condenado  
[a vivir, me parezco  
a un anciano en medio del otoño,  
brevemente desnudo.

Ahora sólo puedo recordar, sólo puedo  
[olvidar;  
la vida se me pierde alrededor  
como a un vaso trizado esa forma del agua  
que trata inútilmente de fijar,  
y debo detenerme al borde de la sed  
o beber, de rodillas, el desorden del agua:  
un licor que se escurre como el odio,  
como el amor, como todo lo puro,  
como todo lo nuestro, como todo.

Debo beber así, hay una hora  
dura como un guijarro y el reloj de pared  
[se ha detenido  
en esa hora tuya que llamea:  
vivamente está inmóvil, pasan horas  
alrededor de esa hora de fuego.  
Llueve sobre otros rostros.  
Ha cesado el verano.  
Probablemente el verano ha cesado.

COMEDOR  
por Miguel Arteche

HUELLO todo el pasado en esta casa.  
Siento toda la ausencia en esta ropa.  
Vacío el comedor, bebo la copa  
que un viento asolador muele y arrasa.  
Desierto sobre el piso el año caza  
mi pie que ya se fué. Que fué. Galopa  
el año en el mantel. Sobre la sopa  
fria, la edad toda la noche traza.  
Busco el pasado entero en esta mesa:  
las manos que no son y están, el mundo  
que estuvo alrededor de este vacío.  
Y al levantar de nuevo la cabeza  
huelo todo el ayer: y aquí, profundo,  
me encuentro a solas con la edad y el frío.



Mario Ferrero  
Nació en 1920.



Raúl Mellado Castro  
Nació en 1931.

En el pueblo sin agua la estación es un grifo:  
cacerolas desfilan con chiquillas y viejas,  
aparecen las gorras, el insulto, la piedra  
y la dura mirada del policía escudido.

Ay, faldas de mi madre!  
La muerte atravesaba la puerta de la casa,  
Organillero viejo su miseria cantaba.  
Perros, vagones, hombres.  
Yo estaba prisionero del cariño.  
Ni chiquillos, ni calle, ni maletas.  
Sólo misa y canción, regaño o lágrima.  
La vida pasa. Queda  
tan sólo tu recuerdo madre mía  
o el eco de esa huelga tan grande de ese  
[tiempo.

En las casas entraban papeles y papeles.  
Acechaban las puertas los pacos a caballo.  
Mascaba lentamente mi madre su rosario.  
(¿Qué otro remedio había contra el palo y  
[el hambre?]  
En las noches se oían canciones, musicuillas.  
Yo me aprendí la letra de aquella "Ma-  
[quinita".  
Entraba a una cantina mi padre. Se sentaba  
y me decía: "Canta!", cerrando las ventanas.  
Se animaban los rostros. Risas brotaban.  
[explotaban.  
Ya no recuerdo más. Aquella huelga  
¿la ganaron?, ¿perdieron?  
Queda en mi corazón tan sólo aquella risa,  
la cargada enorme del pueblo en el  
[combate.

Santiago, mayo 15 de 1953.



Jorge Teillier  
Nació en 1935.

## LA CORTINA DE FLORES

por Mario FERRERO

Polonia,  
mi sangre dolorosa  
va subiendo a la flor de tu montaña.  
Varsovia, mi pequeña,  
dulce harina celeste  
besada eternamente por la boca del hombre.

Yo crucé tu cortina un día de noviembre,  
una cortina pura,  
tejida con canciones de ancias manos  
[abiertas.  
Tenías la sonrisa prendida en la cintura  
y un río de palomas fluía de tus trenzas.

Yo anduve por tus calles de agujas y de  
pieles,  
entre tus altas ruinas anduvo mi tristeza  
recogiendo ladrillos,  
juntando los pedazos de la casa del pueblo.

Varsovia, mi pequeña,  
te partieron la frente  
con el mango de un hacha,  
quemaron tus manteles de dulce melodía,  
mancharon de ceniza el pan de tus mañanas.

Te cortaron la sombra del cabello.  
para que no vivieras,  
para que jamás la luz de las espigas  
se asomara cantando al balcón de tus sienas.  
Pero en tu rojo acero enamorado  
floreció el chisperio  
de millones de puños cardinales.  
Y comenzó otra vez la primavera  
en las raíces de tu siembra humana.

Yo he visto a tus mujeres,  
picota y pala en mano,  
clavar sobre las ruinas la casa del obrero.  
Y he visto a tus poetas pintando las esquinas,  
condecorando el aire de la vida  
con amasijo de cristal y fragua.

Ya nunca más la muerte en tus rodillas  
ni el agua de tus trenzas  
gotando sobre el Vistula.  
Ya nunca más el sueño en tus ojeras:  
estaremos mirando cómo crecen tus días.

Y si llegara un perro a oler tu nombre  
de trompeta y arado,  
vendremos otra vez,  
desde todos los sitios de la historia,  
a defender tu rostro numeroso,  
tu actitud de bandera,  
el viento de tu pecho  
liberado.

## RECUERDO

por Raúl MELLADO C.

MAQUINISTAS vestidos de tristeza y aceite.  
Fogoneros colmados de sudor y de cijo.  
Conductores de gorra y de vino, teñidos.  
Ciañrilleros de pala y de mano de piedra.  
Mi padre levantaba la línea del destino  
con su cinzo de acero, cabizbajo y sombrío,  
y con sus compañeros de overol y bigotes  
al alba nos dejaba  
cómo si se ausentara para siempre.

Mi madre preparaba la bolsa del camino.  
Por las noches molía su olorosa nostalgia,  
y la espera llenaba la tristeza y el mate,  
el misal, la guitarra.

¿Cuántas noches llenaban los pitazos las  
[piezas!  
Y esperar y esperar y quedarse dormido!  
¿Cuántas veces contaba mi madre el gran  
[incendio  
recordando la gorra de jefe de mi padre!

Tenía yo el azul del humo y de las aguas,  
vestía mi mandato de pobre y de chiquillo,  
gozaba del encanto del agua de la noria  
y bebía riendo el agua de la lluvia.

## NIEVE NOCTURNA

por Jorge TEILLIER

Es que puede existir algo antes de la nieve?, me pregunto.  
antes de esas lágrimas que se desfilan por el rostro de la noche,  
antes de esa pureza implacable,  
implacable como el mensaje de un mundo que no amamos pero al cual  
[perteneecemos,  
y que se adivina en ese sonido todavía hermano del silencio.  
¿Qué dedos te dejan caer, pulverizado esqueleto de pétalos adorables?  
Sonido de cenizas de un cielo antiguo  
que hace quedar sólo frente al fuego, escuchando los pasos del amigo  
[que se fué,

y ese eco de palabras que no recordamos  
pero que nos duelen como si las fuéramos a pronunciar de nuevo.  
¿Y puede existir algo después de la nieve?  
Algo después de la última mirada del ciego a la palidez del sol,  
después que el niño enfermo olvida a mirar la nueva mañana,  
o mejor aún, algo después de haber dormido como un convaliente  
con la cabeza sobre la falda de aquella a quien alguna vez se ama.  
¿Quién eres, nieve nocturna,  
fugaz, disuelta primavera que sobrevive en el cerezo?  
¿O qué importa quién eres?  
Para mirar la nieve en la noche hay que cerrar los ojos,  
no recordar nada, no preguntar nada, desfilarse como ella en el visible  
[silencio.